

BOSQUEJO BIOGRAFICO

Del Sr. Dr. D. Juan María Rodríguez, por el Dr. Luis Troconis Alcalá.

Non omnis moriar.



Al inaugurar ahora el tomo 32 de la *Gaceta Médica*, el digno Presidente de la Academia N. de Medicina, Sr. Dr. D. Francisco de P. Chacón, y el celoso cuanto diligente Administrador de ese periódico, Sr. Dr. D. Manuel S. Soriano, interpretando fielmente los generales sentimientos de la primera Asociación médica de la República, han querido tributar un homenaje de admiración y simpatía á la gratísima memoria de nuestro ilustre colega, el inolvidable maestro D. Juan María Rodríguez, honrando el primer número del nuevo año de esta publicación científica con el retrato del insigne Profesor de la Clínica de Obstetricia, cuya sentida muerte, acaecida el 24 de Junio de 1894, llenó de amarga pena los corazones de todos los que de veras amamos el engrandecimiento y progresos de la Ciencia patria.

La pérdida de este ilustre ciudadano dejó sin duda un vacío muy difícil de llenar, no tan sólo en las nobilísimas filas del profesorado, á cuyo lustre y prestigio contribuyó tan gloriosamente por sus envidiables aptitudes, sino también en las honradas y distinguidas filas de la Sociedad mexicana, en el seno de la cual se señaló notablemente por sus preclaras virtudes.

El varón de insigne mérito, cuya dolerosa é irreparable ausencia nunca será bastante lamentada, era uno de los ya raros y venerables restos de aquella falange ilustre y benemérita, que con vigor y brío recibió sobre sus robustos hombros, para sostenerla dignamente, la preciosa herencia que les legaran sus mayores, los de aquella generación heroica que, desinteresada, fundó nuestra Escuela de Medicina con verdadero patriotismo, dando admirable ejemplo de sin igual constancia, de incesante anhelo, de celoso y diligente empeño, procurando siempre fomentarla y mantenerla á prodigiosa altura. El inolvidable Profesor D. Juan N. Navarro, el no menos reputado maestro D. Ignacio Alvarado, y el sabio Profesor de Clínica médica, actual Director de nuestra Escuela, son ya los únicos supervi-

vientes de la *vieja guardia*; pero Navarro y Alvarado, alejados tiempo ha de nuestro centro de enseñanza médica, llevan por lo mismo largos años de no tomar parte en las escolares tareas. Solamente Carmona y Valle y Rodríguez eran en realidad los restos útiles de aquella generación de valerosos, ilustrados y nobles adalides, cuya memoria alentará siempre en nuestros pechos; de esa legión gloriosa é invencible, formada por los Jiménez, los Muñozes, los Vértiz, los Ríos de la Loza, los Pascuas, los Lucios, los Ortegas....!

Y ¡cosa singular! estos dos hombres eminentes que, andando el tiempo, habían de desempeñar papeles tan importantes en la escena del mundo científico, fueron compañeros inseparables desde la juventud. Juntos entraron á la Escuela de Medicina, iniciando á la par la propia carrera científica; y recorriendo juntos el mismo camino, anhelaron constantemente llegar á conquistar la misma fama, y alcanzaron casi siempre los mismos triunfos. Juntos también, puede decirse, abandonaron los bancos de la Escuela, ceñidas las juveniles frentes con los inmarcesibles lauros de la gloria; y amparados de la egida de Minerva como predilectos hijos de la Diosa, siguiendo sus propias inspiraciones y aptitudes, se apartaron por distintas sendas. Y como apóstoles fervientes y entusiastas de una *buen nueva*, emprendieron la fatigosa peregrinación de los que ansían llamar con buen derecho á las doradas puertas del templo de la inmortalidad, para venir después de la meritoriosa jornada, á estrecharse de nuevo en fraternal abrazo; pero ya como augustos y sublimes mentores de los maestros del porvenir....

¡Ah! orgullosa, y con razón, sintióse nuestra Escuela al recibir en su seno á estos apóstoles. ¿Cómo no había de regocijarse con tal adquisición, si ella venía á ponerla en condiciones de operar, como efectivamente lo hizo, una verdadera revolución en la enseñanza? Talentos extraordinarios, recto juicio, inaudita perseverancia, sólida instrucción y decidido amor á la ciencia, fueron dones que, pródiga, derramó naturaleza en los espíritus de estos dos personajes. Con semejantes aptitudes, fuera imposible que no se realizaran grandes cosas. ¿Ni quién se atrevería á poner en duda el éxito decisivo del olímpico combate, para el cual tan bien armados se presentaron estos Aquiles del pensamiento! La victoria fué completa: innumerables triunfos, incontables conquistas; palmas, lauros y coronas que los dos generosos adalides llevaron, llenos de júbilo, como merecida ofrenda, ante el ara sacrosanta de la Patria. La ciencia guardó avara los preciosos tesoros que aquellos sacerdotes inventaran: la humanidad, recono-

cida, se apresuró á contar á estos dos genios en el número de los que forman el padrón luminoso é indeleble de sus benefactores; y la Patria, ¡ah! la Patria, madre solícita y celosa, se apoderó de los ilustres nombres de tan preclaros hijos, para hacerlos pregonar de boca en boca, envueltos en los arreboles de la gloria, desde un confín hasta el otro de su extenso territorio! La Química, la Anatomía, la Fisiología, la Patología, la Clínica, la Oftalmología, la Obstetricia, la Medicina legal, la Teratología, fueron el vasto teatro en el cual hubo de ejercitarse la prodigiosa actividad de estos dos hombres, que han ejercido el magisterio por más de cinco lustros, enseñando á otras tantas generaciones, entre las cuales se cuentan ya algunas cabezas encanecidas, y de donde han salido jóvenes llenos de fe, de entusiasmo y ardoroso brío, que, nutridos con tan virtuoso ejemplo, y asociados á otros esclarecidos Profesores, como Licéaga, Lavista, Chacón, etc., han venido á ser por virtud de excepcionales aptitudes, prenda segura y muy fundada de las más risueñas esperanzas del porvenir.....

Y ya que á la muerte, esa segadora incansable de la vida, siempre implacable y siempre cruel, plugo en mala hora cortar el hilo de la preciosa existencia de nuestro amado maestro el Sr. Rodríguez; quiera el cielo concedernos la buena fortuna de guardar por luengos y dilatados años la no menos preciosa é interesante existencia de ese otro maestro bien amado, el sabio médico, el eximio Profesor, el conspicuo clínico y probo ciudadano, que actualmente regentea con sobrado acierto y esmerado tino la Escuela N. de Medicina; que ha sido varias veces dignísimo Presidente de esta Academia, y de cuyo profundo saber esperan todavía, con verdadero anhelo, recoger ópimos y sazonados frutos la humanidad, la ciencia, la Patria y la juventud estudiosa.

Paso ahora á trazar los rasgos más culminantes de la importante vida del Sr. Profesor D. Juan María Rodríguez. Pero antes de acometer esa tarea, que no por ser extremadamente agradable para mí, deja de inspirarme serios temores, cuyo origen advierto en mi ineptitud é incompetencia, para llegar á bosquejar siquiera las acciones más notables de este clásico personaje; creo de mi deber el exponer aquí, con toda claridad, que no ha entrado en mi ánimo escribir una verdadera biografía, porque no ignoro que para conseguir dar cima á un trabajo de esta índole, se ha menester el eficaz auxilio de muy especiales y exquisitas dotes de que yo me reconozco desposeído enteramente.

El insigne escritor español D. Manuel José Quintana ha dicho, con el acento de la verdad más notoria, que las vidas de los hombres célebres

son de todos los géneros de historia el más agradable de leerse. Y justamente tiene de ser así, porque en esas vidas se ponen de relieve los factores que con más actividad han contribuido á la marcha y perfeccionamiento de las Sociedades. "La curiosidad excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más despacio á los que con sus talentos, virtudes ó vicios extraordinarios han contribuido á la formación, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que á veces es preciso entrar para pintar fielmente los caracteres y las costumbres, llaman tanto más la atención, cuanto en ellas se encuentra á los héroes más desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo, y convertidos en hombres semejantes á los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad."

Empero, para llevar al cabo este trabajo, se necesita que el narrador de los acontecimientos no sea contemporáneo del personaje cuya vida trata de historiar; porque sólo, indudablemente, á la posteridad serena y fría corresponde apreciar las virtudes ó los vicios, los aciertos ó los desaciertos que con más fidelidad sirvieron para caracterizar al hombre y á su época. Entonces sí se juzga imparcialmente lo que está muy distante de nosotros, y se puede mostrar á los presentes ejemplos dignos de imitación, arrastrándolos á modelar por ellos sus hechos propios; y *aunque después el curso de los años, el choque de los intereses, la experiencia fatal que se hace de los hombres resfríen este ardor generoso, no por eso se borrarán enteramente las huellas del ejemplo, y siempre quedará algo de su fuerza para recurso en las situaciones arduas, y para consuelo en las adversidades.*

Mas cuando se trata de contemporáneos, harto difícil es, si no imposible, retratar á los hombres de tal modo; porque el temor de herir la suspicacia de una generación testigo de los hechos que se refieren, por un lado, ó la necesidad, por otro, de arrollar intereses que se encuentran y chocan entre sí hasta el grado de provocar una conflagración social, son parte á resfriar el mejor de los ánimos; y no siempre está uno dotado del temple ó la virilidad indispensables para arrostrar todo esto á la vez. Con esta convicción, espero no denunciarme culpable de una inconsecuencia; pues si bien es verdad que las ideas expresadas deben presidir á la redacción de una completa biografía, también lo es que no se falta en nada á este programa, cuando sencillamente se señalan y enumeran las acciones más notables de la vida de una persona, que acaba de representar su papel en el mundo. Y no se falta en nada á ese pronóstico, porque al narrar los

acontecimientos, puede excusarse el comentario, evitarse la apreciación, hacerse á un lado la crítica. Obrando de esta suerte, se consigue reunir elementos dispersos á favor de los cuales vendrá á constituirse en no lejano porvenir la historia de una época, y entonces sí, disponiendo de preciosos, exactos y abundantes datos, se puede acometer la tarea ardua y difícil de historiar y criticar hechos ajenos.

(Continuará).

OFTALMOLOGIA.

Nota sobre una forma especial de queratitis, que he observado en México.

NOY á entretener la benévola atención de mis ilustrados consocios con algún punto de oftalmología, que reputo enteramente nacional, y que creo por lo mismo conveniente tratar en esta Academia.

Es indudable que las enfermedades se presentan con diferentes caracteres, según las localidades, los climas, las razas, las costumbres, etc., de tal manera, que cada país, cada región, tiene su patología especial, sus enfermedades propias, y aun su terapéutica particular. Los que nos dedicamos á los diversos ramos de las ciencias médicas estamos convencidos de esta verdad; refiriéndome á la oftalmología, puedo asegurar que la frecuencia de las enfermedades oculares, los caracteres que revisten, y el tratamiento que exigen para su curación, varían sensiblemente entre Europa y México. No sólo de un país á otro, sino en los distintos departamentos de un mismo país, se observan diferencias muy sensibles. Pocos ejemplos bastarán para demostrar lo que he asentado: compárese la frecuencia con que se presenta el tracoma en Europa, y en la capital de la República Mexicana; allá se observa todos los días en gran número; aquí, cuando se presenta un caso, se aprovecha para enseñarlo como rareza á los alumnos de la clínica. Compárese la frecuencia con que se ve la misma enfermedad en los litorales del Golfo y del Pacífico, y la que presenta en la Mesa Central; si en las costas la oftalmía granulosa es muy común, en la Mesa Central sólo se ve por excepción; si allá se presenta con caracteres gravísimos determinando la pérdida de la visión en muchos